

A LA JUVENTUD CASTELLANA

Los años que pasan, el tiempo que transcurre, marca un nuevo derrotero en las costumbres y en los ideales de la humanidad. Aquellos tiempos, en que las gentes por incultura o por egoísmo se preocupaban poco de los asuntos de la Nación y era frase común «La política para los políticos», han quedado relegados por el olvido.

Hoy, la mayoría, por no decir todos los ciudadanos, tienen un ideal con respecto a su patria: se interesan más o menos del estado, de la marcha de la misma: sienten la política, en una palabra.

Y, los primeros en sentir ese ideal, los que con más pureza le practican, los que con más entusiasmo le propagan y defienden, son sin duda alguna los elementos jóvenes.

Pruébalo sino el que la mayoría de los partidos políticos hoy existentes cuentan con sus juventudes, que son, si no la base, un muy firme y esencial sostén de dichos partidos.

Nosotros, un grupo idealista de jóvenes burgaleses, cuando por nuestra edad empezamos a comprender y a saber algo, cuando entramos de lleno en la vida, quisimos que el primero de nuestros recuerdos, que la primera de nuestras miradas, fuesen para la segunda de nuestras madres, para la patria, para España. Y a España dedicamos ese recuerdo, adornado con el tesoro de nuestras juveniles ilusiones y a España dirigimos la mejor de nuestras miradas y la más amorosa de nuestras sonrisas.

¿Y cómo no había de ser así, si en la escuela, en el colegio, habíamos aprendido que España era una nación grande, potente, culta, que sus hijos eran los más valientes, justicieros e hidalgos del mundo, que todas sus regiones eran fecundas, prósperas, y que, sobre todo, una de ellas, Castilla, era digna de admiración eterna porque había sido

madre de los más ilustres héroes, de los más rectos jueces, de las mejores industrias y mantenedora perenne de los principios de la civilización?

¿Cómo, sabiendo todo esto, podíamos haber dejado de sonreír, de tener ilusiones, de sentirnos orgullosos de nuestra patria, y más aún de nuestra región, que había sido su brazo derecho?

Pero, ¡ah!, la triste realidad fué la encargada de destrozar nuestras ilusiones, nuestros sueños, nuestra quimera.

Miramos a la España, a la Castilla de nuestra imaginación, y no la vemos.

Vimos tan solo que a un cuerpo viejo, decrepito, lacerado por el dolor y embrutecido, le llamaban España y que este cuerpo estaba dividido no en regiones, sino en podridos y repugnantes cacicatos, donde no había más industria floreciente que el comercio de las conciencias, ni más civilización que el sonido del oro.

Y en lugar de Castilla vimos un esqueleto formado por unos cuantos monumentos antiguos y en torno suyo la materia toda pobre y herrumbre y gusanera.

Y enmudecimos, hasta que un alma buena nos dió explicación de lo que habíamos visto: nos habló de los grandes caciques, de Cuba, etc., y así nos supo quitar la venda de los ojos y nos hizo comprender la verdad de su amarga frase: *España es hoy un Cuba permanente.*

Y ante todo esto, ante el desencanto sufrido, una honda pena sentimos en el alma y lloramos. Pero ¿por qué llorar?, dijimos después. No somos viejos, tenemos un corazón joven, brioso. ¡Dejemos, pues, el llanto! ¡Busquemos la lucha! y.... ¡resistamos! ¡resistamos para impedir que Castilla, para impedir que España, se hunda para siempre.

Y quisimos ante todo buscar una luz, una per-